



Un plan histórico para salvar 313.000 hectáreas vitales en Centroamérica

Posted on Febrero 10, 2026

Por Javier F.

La región donde se tocan las fronteras de Honduras, Guatemala y El Salvador deja de ser un simple punto en el mapa. Los tres gobiernos han aprobado el Plan de Gestión de la Reserva de la Biosfera Trifinio-Fraternidad, una hoja de ruta compartida para cuidar un territorio de cerca de 313.000 hectáreas clave para la recarga de agua, la biodiversidad y el clima en el corazón de Centroamérica. ¿Qué significa todo esto para quien vive a cientos de kilómetros, lejos de esas montañas?

El plan fija cómo se van a proteger los bosques nubosos, las cuencas que alimentan al río Lempa y las comunidades rurales que dependen de ellos, desde hoy y durante la próxima década. En palabras del secretario ejecutivo trinacional Jorge Urbina, se trata de la «brújula» que orientará inversiones en más de 243.000 hectáreas de la zona trifinio. No es poca cosa.

El documento ha sido impulsado por la Comisión Trinacional del Plan Trifinio y se apoya en años de trabajo técnico y consultas con alcaldías, comunidades y organizaciones locales. Una parte importante del despliegue se financia con cooperación alemana a través del Banco de Desarrollo KfW, que aporta 11

millones de euros, complementados con 3,34 millones de contrapartida de los tres países.

Un territorio trinacional que ya es referencia

La reserva fue reconocida en 2011 por el Programa El Hombre y la Biosfera (MAB) de UNESCO como la primera reserva de biosfera trinacional de América. Abarca entre 32 y 33 municipios, según la delimitación utilizada, y más de medio millón de habitantes repartidos entre áreas rurales, pequeñas ciudades y parques naturales.

En sus laderas conviven bosques nubosos, pinares de montaña, zonas de pino encino y áreas más secas. Esa mezcla sostiene especies emblemáticas como el quetzal y el puma, cultivos de café y maíz y, sobre todo, una enorme esponja verde que captura lluvia y recarga los acuíferos que alimentan al Lempa y a otros ríos menores.

Para quien vive río abajo, todo esto se traduce en algo muy concreto. El agua que llega a ciudades como San Salvador y a decenas de municipios depende en buena parte de la salud de estos bosques de altura. Como recordó Urbina, «trifinio somos todos» porque de esa zona salen caudales que abastecen consumo humano, riego y cuatro centrales hidroeléctricas en el Lempa, algo que también acaba notándose en la factura de la luz.

Bosques, corredores ecológicos y pueblos en la misma agenda

El nuevo plan no solo dibuja líneas en un mapa. Se integra con el plan de manejo 2025 a 2035 reconocido por la UNESCO para la reserva y con un proyecto específico de corredores ecológicos que busca mantener conectados los hábitats, facilitar el movimiento de fauna y reducir la fragmentación del paisaje en pleno Corredor Biológico Mesoamericano.

Esto significa, en la práctica, priorizar restauración forestal en laderas degradadas, proteger nacimientos de agua, ordenar el avance de la frontera agrícola y apostar por sistemas agroforestales que mezclan café, árboles y cultivos básicos. Además, la idea es que la gente pueda seguir viviendo de la tierra sin agotar el suelo ni vaciar las fuentes de agua, algo cada vez más difícil con sequías más frecuentes y lluvias irregulares.

Qué va a notar la gente en el territorio

Entre las acciones previstas destaca la creación de un centro de investigación en Metapán para análisis de suelos y apoyo técnico a la agricultura, así como la consolidación de un hotel restaurante escuela en La Palma orientado al turismo sostenible. En la parte alta de San Ignacio y del Parque Nacional Montecristo se refuerzan programas de restauración y vigilancia, porque allí nacen muchos de los ríos que alimentan al Lempa.

El enfoque no se queda en los mapas. Unos 21.000 productores ya participan en programas de agricultura resiliente que promueven fertilizantes orgánicos, semillas criollas y prácticas de conservación de suelos. «Promovemos agricultura resiliente, buscamos que los agricultores apliquen fertilizantes orgánicos, semilla criolla; prácticas de preservación del suelo», explicó Urbina, que cifra en casi 200.000 toneladas la tierra que no se ha perdido por erosión en los dos últimos años. Y se nota sobre el terreno.

El proyecto financiado por KfW se despliega en 33 municipios y unas 313.393 hectáreas, con unos 520.000 habitantes, once áreas protegidas y seis corredores biológicos. Incluye inversiones en puestos de control, equipamiento para guardaparques, actualización de al menos siete planes de manejo y contratos de compensación por conservación y de medidas agroambientales que cubren miles de hectáreas adicionales.

Retos de gobernanza y próximos pasos

Detrás del papel hay un reto menos vistoso pero igual de importante. En gran parte de la reserva todavía existen conflictos o incertidumbres sobre la tenencia de la tierra, algo que complica tanto la protección del bosque como el acceso de campesinos y comunidades a apoyos públicos. Una de las prioridades del plan es aclarar y registrar esa situación para poder dirigir inversiones donde no haya litigios abiertos y evitar nuevos focos de conflicto social.

El éxito del plan dependerá de que la coordinación entre ministerios, alcaldías y organizaciones comunitarias sea real y no solo una firma en un salón oficial. El reloj del clima y de la pérdida de biodiversidad va por delante de la política, pero contar con una hoja de ruta trinacional concreta ofrece algo que la región necesitaba desde hace décadas. Una oportunidad de cuidar el bosque que sostiene el agua antes de que falte en casa.